

---

# Contra el olvido del fracaso

Valerio Rocco Lozano

Los artículos que conforman esta sección monográfica pretenden ofrecer algunas pinceladas de lo que podría denominarse como «filosofía del fracaso». Todos ellos presentan los resultados preliminares del Proyecto *Failure. Reversing the Genealogies of Unsuccess; 16th-19th Centuries*, financiado por la Unión Europea y coordinado por la Universidad Autónoma de Madrid, al que pertenecen los ocho autores que analizan, en las páginas que siguen, diferentes perspectivas sobre el fracaso. El mencionado proyecto constituye una investigación compleja e interdisciplinar, que nace del encuentro entre saberes diferentes como la historia, la filología, la historia del arte o, precisamente, la filosofía. En concreto, el objetivo de la vertiente más filosófica de este proyecto –reflejada en el presente número– es abordar, de una manera conceptual, la polisemia de una noción tan compleja (y por ello tan fascinante) como la de fracaso.

En efecto, el fracaso es un concepto tremendamente escu-  
rridizo y difícil de definir. Se puede aplicar a numerosos niveles

y órdenes de la vida: fracasan las personas, los grupos sociales, étnicos y religiosos, e incluso las instituciones, hasta el punto de que se ha acuñado la expresión «Estados fallidos». Ante esta constatación, cabe preguntarse: ¿Qué tienen en común todas estas experiencias? ¿Qué rasgos permiten denominar con el mismo término algo aparentemente tan distinto como una derrota personal, un colapso económico o la caída de un gran imperio? Y, además: ¿Por qué no existía en el mundo antiguo –en griego y en latín– una noción tan amplia y versátil como la de «fracaso»? ¿por qué este término empieza a usarse, en varios idiomas occidentales, tan sólo a partir de la modernidad, y en concreto del siglo XVI?

Otro reto, para un análisis filosófico del fracaso, consiste en explorar los matices de esta palabra en las distintas lenguas: el inglés *failure* y el italiano *fallimento* remiten a la doble dimensión (teológica y epistemológica) de la caída y del error, ambas contenidas en el latín *fallere*. En el español «fracaso» resuena el estruendo estremecedor de la ruptura y el derrumbe. En francés, *échec* es el jaque del ajedrez, lo que aporta un matiz estratégico y agonístico al hecho de fracasar. Por último, *scheitern*, una de las muchas maneras de referirse al fracaso en alemán, está directamente ligado con el naufragio, y conduce por tanto a la metáfora de la navegación y a la identificación de la vida humana con una travesía por un amplio océano lleno de cambios y azares.

Es necesario precisar que el enfoque metodológico de esta aproximación al concepto no implica una consideración abstracta del significado del fracaso, independientemente de todo contexto o de una utilización concreta del término. Por ello, todas las contribuciones que componen este esbozo de «filosofía del fracaso», aun partiendo a menudo de una aproximación etimológica y conceptual, también se ocupan de las

manifestaciones y aplicaciones literarias, artísticas, científicas y –por supuesto– filosóficas de este concepto crucial para la modernidad y, quizás aún más, para nuestro propio tiempo.

¿Cuál es la relevancia, hoy en día, de una investigación filosófica sobre el fracaso? ¿Por qué muchos sentimos que esta noción nos interpela de manera especialmente acuciante? Seguramente, el creciente interés por este tema se deba a que hoy en día nuestras sociedades se encuentran atrapadas entre dos discursos contradictorios sobre el fracaso; como veremos, los dos polos de esta dialéctica han terminado por invisibilizar la experiencia misma de un fracaso genuino.

Por una parte, se ha impuesto un lenguaje muy consolidado que valora el éxito por encima de todas las cosas, olvidando a menudo el carácter formativo y constructivo del fracaso, así como su frecuencia en la mayor parte de las trayectorias individuales, colectivas e institucionales. Para esta lógica –dominante en lo económico, lo social y lo educativo– el fracaso debe ser ocultado, pues es visto como mera fuente de vergüenza y de marginación.

Sin embargo, por otra parte, recientemente ha surgido una tendencia opuesta e igualmente peligrosa: se trata del discurso típico de algunos *coaches* o empresarios que ensalzan banalmente el fracaso como única vía hacia el éxito. Estas narraciones, a menudo adornadas con tintes verdaderamente épicos, tienden a exhibir experiencias personales de fracaso como caídas que preceden a grandes encumbramientos. Este punto de vista, cada vez más frecuente en el mundo anglosajón, olvida muchas veces el carácter demoledor (y no pocas veces definitivo, absoluto) de algunos fracasos. No siempre es verdad que «unas veces se gana y otras se aprende». Otras veces, desgraciadamente, se pierde sin paliativos, y nuestras sociedades están llenas –aunque a veces no quiera verse– de grandes derrotados,

a los que este tipo de discursos no sabe (o no quiere) dar cabida.

En virtud de este doble discurso sobre el fracaso nace una polarización conceptual extremadamente dañina a todos los niveles. En efecto, muchas personas, en especial las más jóvenes, se ven confundidas entre dos extremos irreconciliables: por un lado, una mentalidad del éxito a toda costa, que oculta la existencia del fracaso; por otro, un discurso trivial que exhibe un fracaso «positivo», olvidando así la dureza y el peligro que implican situaciones como la soledad, la derrota y el error. Ante esta dicotomía, la educación y la cultura deben enseñar a nuestra sociedad a normalizar y a visibilizar el fracaso. Y para ello es necesario, en primer lugar, desentrañar con precisión qué significa fracasar, algo que, según parece, hemos olvidado.

En este último año, la terrible experiencia de la pandemia ha puesto más que nunca el foco intelectual y mediático sobre los temas que nos ocupan. En efecto, la respuesta política, social e individual ante la amenaza de la COVID-19 ha sido frecuentemente tildada de «fracaso». Según esta visión generalizada, habrían fallado los comportamientos individuales en cuanto a responsabilidad, prevención y civismo; también habría que considerar un fracaso el debate social que ha contrapuesto salud y economía o que ha enfrentado, de manera simplista, diferentes generaciones, en concreto las más jóvenes y las más maduras; por último, muchos niveles de las Administraciones públicas también habrían fracasado en su gestión de múltiples aspectos de esta crisis, desde el freno a la curva de contagios hasta la campaña de vacunación, pasando por el rastro de los casos infectados.

Sin embargo, en el año 2020 tan distópico, nuestro mayor fracaso ha sido justamente nuestra incapacidad de fracasar, o más propiamente, de afrontar el fracaso. En un mundo tan

altamente tecnificado e interconectado como el nuestro, ya no estamos individual y colectivamente preparados para la irrupción de lo imprevisible, de lo incalculable, de lo inconmensurable por su magnitud y gravedad. El arrogante ser humano actual –especialmente el de los países desarrollados– se ha desacostumbrado a experimentar su propia fragilidad, a concebirse como un ser consustancialmente vulnerable. Y esta ha sido, seguramente, su mayor e imperdonable vulnerabilidad ante esta crisis global.

La pandemia ha puesto de manifiesto, por tanto, lo que puede denominarse un «fracaso de segundo grado»: hemos fracasado –a todos los niveles– por no saber ya fracasar. En otras palabras, nuestro fracaso ha sido haber eliminado la posibilidad misma de un fracaso de estas características en nuestras vidas. Hemos fallado por no sabernos falibles. Nuestra *hybris* ha sido la de haber olvidado que estamos constitutivamente expuestos a la naturaleza, entendida a la manera hegeliana, como irrupción imprevisible y repentina de lo inasumible para el concepto.

Obcecada por los discursos centrados en el éxito, nuestra sociedad ha perdido la capacidad de metabolizar –ante todo, teóricamente– la experiencia auténtica, descarnada, del más duro de los fracasos. El *leitmotiv* superficial y optimista de las primeras fases de la pandemia, el tan manido «saldremos mejores», así como la expresión con la que se ha definido la ansiada salida de esta crisis («nueva normalidad»), son el mejor índice de este fracaso de segundo grado, de esta incapacidad de situarnos en el punto de vista del fracaso y pensar a partir de él.

También por estas razones, otro objetivo del proyecto de investigación del que surgen las contribuciones de esta sección monográfica consiste en intentar analizar el fracaso de manera autónoma, y no meramente subsidiaria de su antónimo, el

éxito. El fracaso no es, simplemente, la ausencia de éxito (un concepto que, por cierto, normalmente, se ha construido, desde el siglo XVI hasta hoy, a través del punto de vista cuantitativo de la matematización, la eficacia, el resultado tangible, la estadística y la explicación científica). Frente a esta lógica subsidiaria –y seguramente, hoy en día, imperante–, una filosofía del fracaso debe esforzarse por rescatar, a lo largo de los últimos siglos, un concepto de fracaso que no dependa de su sometimiento a la noción de éxito. Se trata, por tanto, de construir una lógica del fracaso que, en el marco de los saberes narrativos, hermenéuticos e históricos que acompañan al paradigma científico, rehúya el marco de la cuantificación y se aventure a una interpretación existencial, narrativa y vital de lo que significa fracasar.

En este sentido, habría que abandonar la tentación de un análisis formalista del fracaso, que se limitara a intentar aislar los rasgos definitorios de esta noción. En efecto, para que se produzca un fracaso no basta con cumplir de forma unívoca los eventuales criterios objetivos para que una acción sea tildada como fracasada: además de ello, resulta imprescindible que el fracaso sea experimentado subjetivamente y considerado colectivamente como tal. En virtud de ello, es crucial, para una filosofía del fracaso, estudiar la evaluación (o mejor, la construcción social) de una acción como fracasada, por parte del propio sujeto y de su comunidad (no sólo la contemporánea, sino también la posterior).

Por ello, estudiar filosóficamente las lógicas de atribución del fracaso es crucial para comprender a fondo este concepto y su impacto en los individuos, los grupos y las instituciones consideradas como fracasadas. En efecto, la atribución de esta etiqueta puede llevarse a cabo por diferentes razones (políticas, económicas, sociales), en virtud del gran potencial axiológico de la noción de fracaso: dada su connotación negativa, ésta establece de por sí relaciones asimétricas y verticales de dominación, discriminación

y estigmatización. El fracaso ha sido y sigue siendo, también, un arma de poder, de sometimiento del otro.

Una aproximación filosófica al fracaso posee por tanto también una dimensión crítica, pues debe denunciar y contribuir a revertir las atribuciones violentas de la etiqueta «fracasado», del mismo modo que debe poner de manifiesto las dicotomías superficiales que, como hemos visto, invisibilizan qué significa fracasar, generando peligrosos fracasos de segundo grado.

En conclusión, el fin último de los esfuerzos por construir una filosofía del fracaso no es otro que seguir la lúcida sugerencia de Samuel Beckett: aprender –juntos– a «fracasar mejor».

V. R. L.

